

In memoriam

Un maestro de la alegría: Fray Fernando Garzón Ramírez, ofm



Beatriz Jaime Pérez

La mayor parte de la información que se registra en esta semblanza es fruto de una entrevista que le hice a fray Fernando una tarde de enero de 2008. En un ejercicio de gozo y dolor, nos sentamos por varias horas en su oficina a hablar de su vida. Fue para él un momento liberador, en el que logró sacar de su memoria los recuerdos que horas atrás habían pertenecido al mundo de su vida individual, y que permitió que quedaran registradas en una cinta magnetofónica. Ese instante se constituyó en la mejor forma de luchar contra el olvido, en el que quedan borrados los recuerdos de la infancia y de la juventud y que nos deja hundidos en una especie de vida sin pasado; como aquella que narra la obra cumbre de la literatura colombiana: la pérdida de la memoria en Macondo

Hoy, cuando su muerte repentina ha causado gran impacto entre la comunidad bonaventuriana de todo el país, cobran mayúscula importancia sus palabras, las historias narradas por él mismo aquel día en que ninguno de los dos podía siquiera sospechar que, tres años más tarde, se convertirían en el mejor material de auxilio para mi memoria, con la que ahora puedo remover las imágenes de mis propios recuerdos.

Debo advertir al lector que cuando se hace un abordaje periodístico de alguien que ya no está para validar o rebatir, se suele caer en la excesiva adulación o en la prejuiciosa ceguera. Al margen de esos dos extremos, retrato a fray Fernando con estima y simpatía, pero sobretodo sin más antifaces que los que él mismo se quiso poner aquella tarde, por el derecho que le asiste a toda persona de abstenerse a declarar muchas de las convicciones que pertenecen al mundo de su intimidad.

Un promotor de la alegría

Era gozoso, de risa fácil, *mamador de gallo*, para utilizar la expresión que popularizara el Nobel colombiano. Su sola presencia ejercía gran influjo en las fiestas, en las que rompía todas las normas del protocolo porque era el primero en llegar y el último en retirarse. Era también el primero en ocupar la pista de baile y el único que era capaz de bailar con todas. También fue un excelente anfitrión y como organizador de cualquier evento, no dejaba pasar ningún detalle.

Puesto que su gesto no era habitualmente adusto, cuando se enojaba todos nos dábamos

BEATRIZ JAIME PÉREZ. Comunicadora Social-periodista de la Universidad Central de Bogotá y Magistra en Comunicación de la Pontificia Universidad Javeriana. Actualmente directora de Bienestar Universitario de la Universidad de Pamplona. Durante varios años se desempeñó como asistente de la Vicerrectoría Académica de la Universidad de San Buenaventura, sede Bogotá.

cuenta. Además, él tampoco lo disimulaba. En realidad no era capaz de fingir ningún estado de ánimo: cuando estaba de buen humor, que era la mayor parte del tiempo, reía a grandes carcajadas, chiflaba por los pasillos de la Universidad y hacía bromas al que se atravesara en su camino. Pero cuando se enojaba, todos huíamos. No era que gritara, sino que su rostro se transformaba: su mirada se opacaba; sus palabras eran escrutadoras, incisivas, y cuando llegaba al máximo de su rabia, los músculos de la cara le temblaban. Por fortuna, el enojo le pasaba rápido y los momentos de tensión se podían contar con los dedos de una mano. De hecho, las características que más se destacan en los distintos perfiles que se le hicieron a raíz de su partida definitiva y prematura son justamente su alborozo y entusiasmo. En eso coincidimos todos: tenía gran afición por el baile, los paseos y las reuniones en torno a un pastel de cumpleaños. Encontrarse con los *otros* era para él la posibilidad de regocijarse y esa razón era suficiente argumento para propiciar espacios donde los sonidos de la risa y el canto se renovaran y los movimientos de la danza dibujaran formas de alegría en los rostros de todos. También era común encontrarlo en las competencias deportivas de los estudiantes; en el campo de fútbol, por ejemplo, era el primero en comenzar el *desorden* y la *rechiffa*.

Es así como recordamos a Fray Fernando quienes tuvimos ocasión de conocerlo, de trabajar a su lado por varios años, mientras fue Rector de la Universidad de San Buenaventura, sede Bogotá. Era un hombre que se tomaba en serio la alegría. Esta fue la conducta que le enseñaron en su casa materna de Barrancabermeja y la que más tarde terminó por ratificarle la Comunidad Franciscana.

Había nacido en la familia formada por Misael Garzón y Graciela Ramírez. Su padre fue un hombre que falleció octogenario en diciembre de 2005 y que partió sin legarle bienes de fortuna pues sabía que su mayor riqueza la había entregado con su ejemplo de vida y con el esfuerzo que significó pagar la educación que lo llevó a ser un profesional. Fray Fernando tuvo la gracia de estar a su lado, a solas, y acompañarlo en ese tránsito, que él calificaba de *buena muerte* y que narraba con dolor, por la pérdida, pero con la

tranquilidad que le dejaba haber estado junto a él hasta que se fue sereno y definitivamente.

La homilía que fray Fernando hizo en el sepelio de su padre fue la más larga que tuve ocasión de escucharle y también fue la que más sensaciones contradictorias nos produjo a todos los asistentes, o por lo menos a mí, que me hizo olvidar, en no pocos momentos, que aquella ceremonia era un entierro, y solté varias risotadas con las anécdotas, graciosas todas, que contaba de su papá. En realidad todos nos carcajamos por momentos. Unos con más timidez que yo, pero todos reíamos. Al terminar la misa comenzó el cortejo fúnebre y ese fue, quizá, el momento más dramático que le conocí: entregado a la pena, lloró su dolor mientras caminaba tras el féretro. Iba tan derrumbado y desvalido que pocos pudieron contener las lágrimas. Lloramos junto a él, en silencio, hasta que llegamos al atrio de la iglesia donde finalmente nos dispersamos para abordar los carros que nos llevarían hasta el cementerio.

Varios años atrás, en septiembre de 1997, también había perdido a su madre. Esa muerte le causó mucho sufrimiento, no sólo porque se iba para siempre la mujer que había tejido las amarras más poderosas de su vida familiar, sino porque su partida estuvo agravada por una penosa enfermedad. “Mamá estaba muy enferma pero me estaba esperando(...) yo llegué de París, directo a Bucaramanga y a los 20 días se murió”, me contaba fray Fernando aquella tarde, mientras describía los duros momentos que vinieron después y que pusieron a prueba a toda la familia.

Recuperado de ese dolor profundo, ya sólo le quedaba recordar los momentos gratos, las bromas que ella hacía por las casualidades que había encontrado en la vida, pues era doblemente de Garzón, ya que había nacido en Garzón, Huila, y la celebración de su cumpleaños, decía jocosamente, se conmemoraba con fiesta nacional, pues era el 20 de julio.

También le dejó una herencia cuya fortuna quedó contenida en los tesoros de afecto derrochados en casa y en la enseñanza de los valores que mejor la caracterizaron: la fortaleza y la generosidad. Practicarlos estaba en su naturaleza de madre. Eran actos sencillos: conservar la calma mientras pasaban las crisis de su enfermedad;

alimentar a las palomas que llegaban al patio de la casa dos veces al día; compartir con los vecinos cualquier delicia preparada en su cocina o disponerse a hacer una comida especial sólo para devolver el plato en el que alguien del barrio le había compartido a ella una vianda. “Un plato nunca se devuelve vacío”, recordaba fray Fernando que decía ella, mientras lo llenaba con alguna de sus especialidades.

Murió a los 64 años de edad y con ella la mujer que había centrado los proyectos de familia, pero dejó vivas las costumbres que hoy todavía conservan en la casa, porque a su patio siguen llegando las palomas y aquella práctica suya de creer que donde comen tres, comen cuatro, es casi una religión.

Fray Fernando fue el tercero de los seis hijos que nacieron en su hogar: Luz Doris, Rosalba, Diana Cecilia y Margarita Rosa, sus hermanas; Ciro Alfonso, su único hermano. Toda la familia vive en Bucaramanga; también sus padres vivían allí.

La familia, una marca indeleble

Se hizo sacerdote sin estar marcado para ello. Su paradigma vital lo constituyó su papá, un liberal de *raca mandaca* que no tenía en su historia personal ni familiar vínculos que dejaran entrever alguna tendencia por la religión y sin embargo fue justamente su ejemplo de vida el que más influyó en su formación moral y en la decisión de consagrarse a la Comunidad Franciscana.

Pero si las prácticas solidarias del papá le condujeron su profesión, las cotidianidades domésticas del afecto y del temple impuestas por la mamá le formaron el temperamento y le marcaron la manera de ser en la vida.

Por eso en los primeros años de juventud fray Fernando fue un librepensador que no contemplaba la posibilidad de sumarse a una congregación religiosa, entre otras razones, porque la formación humana con que había crecido estaba fundamentalmente ligada al trabajo social, pero desde la óptica política.

De manera que fueron sus papás, aunque al margen de las devociones, los que le enseñaron la

bondad y el tesón. No desde el discurso intelectual sino desde las acciones sencillas y cotidianas. Los episodios de la vida familiar le fueron dejando marcas imborrables y formándole moldes de conducta que luego no se dejaron derrumbar.

Y como las personas son complejas, como complejas son las relaciones y las lecturas que hacen de los eventos que los impactan, él aprendía cada lección de vida dada por sus papás con la misma fascinación del que está descubriendo el mundo y así, muchas veces por conjetura suya y otras por aprendizaje literal, asimiló que a las personas se les valora por su condición humana y no por otras cosas y que el respeto es algo que no se impone sino que se gana a través del respeto mismo.

La idea de ser religioso no fue, entonces, algo que apareciera desde el principio de su vida, ni tampoco fue una decisión que se tomara rápidamente y en forma tajante. Sin embargo, circunstancias, aparentemente contradictorias como que su mamá le impuso una formación con los religiosos del Seminario Menor de Barrancabermeja para que estudiara sus primeros años de bachillerato, no con la intención de que se hiciera cura sino para que éstos lo educaran en las áreas humanas, le fueron confirmando sus inclinaciones, al tiempo que encontraba coincidencias entre los valores ejercidos por sus papás y las prédicas impartidas en el Seminario.

Al terminar la educación secundaria fray Fernando ya llevaba infundida la doctrina religiosa. Pero un error suyo, paradójicamente un acto de desaplicación, fue lo que finalmente lo puso en el camino del sacerdocio: perdió el cuarto semestre de filosofía en la Pontificia Universidad Javeriana. No porque se hubiera enfermado; no por circunstancias adversas en Bogotá; no. Fue porque se dedicó a la lúdica, mejor dicho, a *ma-mar gallo* con los amigos, es decir, por vago, como popularmente se conoce este tipo de conducta.

Tuvo que asumir el error y eso significaba trabajar para pagar el costo de la matrícula. Así llegó al Colegio Virrey Solís de Bucaramanga, regentado por los franciscanos, y lo que había comenzado como una especie de castigo, se le convirtió en un golpe de suerte porque allí conoció a sacerdotes que lo acogieron y terminaron por despejarle ese camino que había comenzado

a recorrer en forma desprevénida en el Seminario Menor de Barrancabermeja.

El camino hacia el sacerdocio

Bastaron dos o tres conversaciones con fray Evelio Cardona, promotor vocacional por aquellos tiempos, para que fray Fernando tomara la decisión definitiva de ingresar a la Comunidad Franciscana. La noticia cayó como un baldado de agua fría a su papá, quien le dio el permiso únicamente después de saber que esa decisión no le impedía a su hijo avanzar en sus estudios universitarios; aunque el convencimiento total lo tuvo sólo varios años después cuando se graduó de Licenciado en Teología.

Esos meses de trabajo en el Virrey Solís de Bucaramanga fueron claves. Allí también conoció a fray Rodomiro Pájaro, un sacerdote que lo apoyó e incidió, aunque no de manera directa, en su decisión de dedicarse a la visa sacerdotal. A través de él supo cómo vivían los frailes; supo, además, cuáles eran los aspectos de los franciscanos con que se identificaba plenamente y así, esculcando, se dejó seducir hasta que no le quedó ninguna duda de que este era el proyecto de vida que quería para sí.

El Papa Juan Pablo II lo ordenó sacerdote el 5 de junio de 1986. Ese episodio lo honra hasta el orgullo, pues para él fue motivo de gran satisfacción haber sido ordenado por el mismísimo Papa.

Su primera misión como sacerdote la adelantó en Guapí, Cauca, pero su tiempo allí fue corto, apenas seis meses, porque el entonces provincial, fray Arturo Calle, lo llamó para que ocupara el cargo de Secretario Provincial, labor que realizó durante dos años. Pasado este tiempo fue enviado a Francia, donde comenzó otra etapa en su formación académica. La educación recibida en Europa fue importante, pero no tanto como la que recibió de la señorita Edny, su profesora de primero de primaria en el Colegio San José de su natal Barrancabermeja, a quien le daba todos los créditos de su inclinación por el cultivo del intelecto.

Si sus papás le dieron las mayores lecciones de vida, la señorita Edny le dio las de la academia. Despertó su interés por el conocimiento. Con juegos le enseñó a leer, a escribir y a amar las letras. Era rigurosa con el manejo del lenguaje y no dejaba pasar un solo error gramatical, pero él nunca sintió el peso de la exigencia académica porque, en medio de la disciplina de estudio, la señorita Edny le hizo creer todo el tiempo que estaban jugando.

París, París, ¡oh! la la...

Su estancia en Europa le reafirmó su devoción por la labor intelectual. También le afinó el carácter y le desarrolló la capacidad para asumir con disciplina los retos impuestos por otra cultura, otra forma de interactuar y otra manera de comunicarse, todas distantes de la suya. La barrera idiomática fue todavía más inflexible en lo doméstico que en el lenguaje científico o académico. Cómo decir trapo, huevo o escoba en francés. Él no lo aseguró pero pude deducir que se vino de París sin saberlo.

Y ni qué decir de la primera misa en francés. Fue en Versalles y la terminó en doce minutos; los más largos de su vida. Sus feligreses debieron hacer doble acto de fe: primero, creer en la presencia real de Jesucristo en el pan y en el vino y, segundo, creer que lo hablado en la eucaristía era francés.

Secados los chorros de sudor que le escurrían por todo el cuerpo por el susto que le produjo esa primera misa oficiada en *cuasi* francés, un grupo de religiosas que vivía en la casa donde él celebraba, terminaron ayudándolo a corregir la homilía y la pronunciación. También los niños que asistían a la iglesia le dieron una mano: le hacían dictados hasta que, poco a poco, fue afianzando la hermosa lengua, que con justicia se le reconoce en el mundo como el idioma del amor.

Pero la crisis con la lengua no terminaba ahí. Desesperado porque no entendía ni *mu* en un seminario de teología política, se levantó y como pudo le dijo al profesor que se iba porque no entendía nada; el profesor le ordenó que se sentara y acto seguido le sentenció: *justement parce qu'il n'entend rien il faut rester!* Ese veredicto fue tan

contundente que se constituyó en una especie de *clic* a partir del cual empezó a entender todo lo que sonara en francés.

Había llegado a Versalles en plena celebración del bicentenario de la *Revolución Francesa*, 1989, y todo a su alrededor era conmemoración, fiesta y revolución. Ese ambiente era propicio para sus intereses de estudio, contaba Fray Fernando, porque la teología como disciplina se estaba pensando desde su misión social y eso coincidía con la escuela de pensamiento francés que buscaba vincular la teología con la dimensión social y política que se estaba viviendo.

Al año siguiente ingresó a la universidad y en adelante la dedicación al estudio fue total. Tenía que ser así, porque de lo contrario no le habrían rendido los ocho años que estuvo allí para alcanzar los cuatro títulos que obtuvo: en el Instituto Católico de París, Maestría en Teología Bíblica y doctorado en Teología; en la Sorbona de París, Maestría y Doctorado en Historia de las Religiones y Antropología Religiosa.

Fray Fernando declaraba ser el resultado de un proceso de formación en el que bebió de muchas fuentes, pero reiteraba que la intervención temprana de las personas más sencillas como sus papás y la señorita Edny fue lo que logró erigir los pilares en los que construyó el ser humano que era.

En esa construcción, desde luego, estuvieron los franciscanos. Las experiencias vividas en los años de formación inicial en la Comunidad Franciscana (postulantado y noviciado) quizá fueron las más aleccionadoras para él. A ese primer año llegó con la ventaja de haber sido profesor en el Virrey Solís de Bucaramanga y esa experiencia le hizo creer que se las sabía todas, pero en realidad no se sabía ni media y ahí vino su primera crisis: comenzar desde el principio fue la lección número uno.

Superado ese momento, llegó la prueba de fuego en el convento de San Luis, donde se estaba formado por esos años: la división de la comunidad. Había que decidir entre quedarse en la Provincia de la Santa Fe o irse a la que después sería la Provincia de San Pablo. Pero ahí no paraba todo. También era el momento de aprender a vivir en comunidad y todo eso

se le presentó al mismo tiempo. Superadas las dudas, a ese pichón de cura ya no lo paró nadie.

Modernizar la Universidad de San Buenaventura, su primer reto

Culminados sus estudios en Europa, lo esperaba el trabajo en la Universidad de San Buenaventura, sede Bogotá. Primero fue la decanatura de Teología donde pagó todas sus *primiparadas* porque haber estado desligado del país y concentrado en actividades puramente intelectuales lo descontextualizaron de la legislación educativa colombiana que, para rematar, en aquella época, 1998, estaba sufriendo la coyuntura de la acreditación previa para los programas de licenciatura.

Logró avanzar sin muchos problemas en ese proceso de acreditación del programa de Teología, gracias a Luis Javier Claro, su similar de la Facultad de Educación en ese momento, quien lo ayudó a entender de qué se trataba todo eso. “Fue como mi ángel de la guarda”, reconocía fray Fernando.

Dominados los intrínquilos administrativos, se dedicó a trabajar por la academia. Trajo para la Facultad a la más brillante planta de maestros: 12 profesores de los 16 que había en total ostentaban títulos doctorales. Allí se quedó cinco años, hasta que el provincial de ese momento, Padre Francisco Gómez, lo nombró Rector de la Sede.

La adaptación a su nuevo cargo fue rápida y sin traumatismos porque conocía la Universidad, estaba familiarizado con la gente, y el trabajo administrativo, lejos de estar ajeno a sus intereses, ya formaba parte de su vida. Conformó un equipo de trabajo, para el que sólo tenía voces de agradecimiento, con el que comenzó un proceso inusitado de desarrollo, con logros que iban desde los más evidentes, relacionados con el crecimiento de la planta física, hasta los más inadvertidos como la consolidación de una cultura organizacional avanzada.

La estructura académico-administrativa de la Universidad se modernizó. Nuevos cargos vinieron a soportar las demandas impuestas por la sociedad contemporánea y por los avances de la ciencia y la tecnología. Muchos cargos que

no existían antes de 2002 fueron creados en su rectoría. También impulsó la creación de nuevos programas académicos en todos los niveles de la educación para satisfacer las necesidades de formación de la sociedad colombiana.

La Universidad de San Buenaventura de Bogotá ha venido registrando notables avances en su historia más reciente. Y aunque los cambios tienen origen y fundamento en las necesidades académicas que demanda el país, como corresponde a una institución con la trayectoria de la U.S.B., muchos de ellos fueron gestionados por fray Fernando en los seis años que duró como rector. A este respecto solía decir que la clave estaba en el talento humano que lo rodeaba: “Son mis compañeros los que me animan. Ellos me orientan y yo les tengo una confianza total. El fortalecimiento de este equipo es el que ha hecho que la Universidad progrese”, decía, mientras describía a sus más cercanos colaboradores con cualidades generosas para cada uno.

Pero de todos los cambios observados en ese periodo, hubo uno que fray Fernando no describió, quizá por tratarse de un hecho inmaterial, y que sólo las personas que estuvimos en la institución en dos momentos distintos y espaciados podíamos percibir: era la transformación cultural que trajo consigo la experiencia del bonaventuriano. No en vano fray Fernando dedicó ocho años de estudio a la vida y obra de San Buenaventura, miembro egregio de

la Comunidad Franciscana, quien definió la pedagogía de la cercanía y favoreció el diálogo entre la teología y lo que hoy se conoce como antropología.

“La teología bonaventuriana me mueve mucho. Estoy marcado por esa forma de hacer academia”, reiteraba fray Fernando. Podríamos decir, y ojalá no caiga en exageraciones, que la consolidación de esa práctica que para entonces se incorporaba en forma natural en el quehacer de todo aquel que era miembro activo de la comunidad universitaria, fue una de las obras más importantes de fray Fernando durante su rectoría.

En todos los años que estuvo en la Universidad de San Buenaventura de Bogotá, cualquiera fuera su cargo, siempre se le veía rodeado de gente. Nunca dejó de asistir a las fiestas de San Francisco, ni siquiera en los últimos tres años cuando ya era el Ministro Provincial de la Comunidad Franciscana y Canciller de la Universidad. Para los estudiantes fue el mejor apoyo: con ellos jugaba, bailaba, reía, pero también fue ampliamente conocido que no temía responder con un no rotundo, cuando algo no se podía o le parecía que era inapropiado.

Así lo recuerdo: como un hombre comprometido con la alegría y con la vida, para quien el sacerdocio y la academia fueron sus metodologías más coherentes. Descanse en paz fray Fernando.